

INVESTIGACION DE LA VERDAD
POR
LA LUZ NATURAL

QUE, SIN EL AUXILIO
DE LA RELIGIÓN NI DE LA FILOSOFÍA,
ES CAPAZ DE DETERMINAR LO
QUE EL HOMBRE DEBE PENSAR EN TODOS
LOS CASOS QUE PUEBAN
PRESENTÁRSELE EN LA VIDA, Y PENETRAR
EN LOS SECRETOS DE LAS CIENCIAS
MÁS CURIOSAS

PRÓLOGO

No es necesario que el hombre lea todos los libros, ni aprenda cuidadosamente lo que se enseña en las escuelas; el consagrar mucho tiempo á las letras, es un vicio de educación. Hay en la vida muchas cosas que hacer, y es preciso que el hombre dirija la suya de modo que la mayor parte de su existencia sea empleada en realizar bellas acciones, que su propia razón le enseñaría si sólo de ella recibiera lecciones. Pero como viene ignorante al mundo y los conocimientos de la primera edad no se apoyan más que en la debilidad de los sentidos ó en la autoridad del maestro, es casi imposible que la imaginación no se llene de infinidad de pensamientos falsos, antes de que la razón adquiriera todo su imperio sobre aquella. Por eso el hombre necesita un

buen natural y frecuentes lecciones, sabias y prudentes, para librarse de falsas doctrinas que se apoderan del espíritu, echar los primeros fundamentos de una ciencia sólida y descubrir todos los caminos por los cuales pueda llegar al conocimiento cierto de la verdad.

Esto es lo que me he propuesto enseñar en la presente obra; he querido poner de manifiesto las verdaderas riquezas de nuestras almas, abriendo á cada uno la vía que le hará encontrar, por su propio esfuerzo, sin necesitar para nada á los demás, la ciencia suficiente para ordenar su vida y los más curiosos conocimientos que el espíritu humano puede poseer.

Para que la grandeza de mi designio no os extrañe y para que prestéis á mis palabras el debido asentimiento, quiero demostrar, ante todo, que la realización de mi propósito no es tan difícil como á primera vista habréis imaginado. Los conocimientos asequibles al espíritu humano, están unidos entre si por un lazo tan maravilloso y se deducen unos de otros por consecuencias tan necesarias, que no hace falta gran sagacidad ni artificio, para encontrarlos, con tal comencemos por los más simples y nos elevemos gradualmente á los más sublimes. Me propongo demostrarlo con una serie de razonamientos tan claros y vulgares, que todos pensarán que si no han descubierto las mismas cosas que yo, ha sido porque no han dirigido su vista al mismo sitio, ni sus pensamientos á los mismos objetos que yo los he dirigido. Todos creerán después de leer mis razonamientos que ninguna gloria me cabe por mis descubrimientos, porque ningún mérito hay en encontrar por casualidad un tesoro oculto por mucho tiempo á las miradas de todos los hombres.

Confieso mi extrañeza porque entre tantas inteligencias que hubieran obtenido mejor éxito que el que yo pueda conseguir, no ha habido ninguna que haya intentado lo mismo que la mía. Lejos de eso han imitado á esos viajeros que, abandonando el camino real, para seguir uno de travesía, tropiezan á cada momento con obstáculos y precipicios.

Pero no intento examinar en este tratado lo que han sabido ó ignorado los demás. Aun cuando toda la ciencia que deseáramos se hallara contenida en los libros,

como lo bueno está mezclado con tantas cosas inútiles y disperso en innumerables volúmenes, nos haría falta para leerles más tiempo del que vivimos, y para extraer las cosas útiles más esfuerzo del que el espíritu es capaz de realizar.

Espero que el lector encuentre aquí una vía mucho más fácil que la anterior, y no rechace las verdades que voy á exponer, aunque no las haya tomado de Platón y Aristóteles; porque esas verdades son como las monedas, que tienen igual valor cuando salen de la bolsa de un labrador que cuando proceden del tesoro público. ¶

Cuidadosamente he procurado exponer esas verdades de modo que sean útiles por igual á todos los hombres; á este fin no he podido encontrar estilo más conveniente que el de la conversación, en la cual todos manifestamos familiarmente á nuestros amigos la mayor parte de nuestros pensamientos. Bajo los nombres de *Eudoxio*, *Poliandro* y *Epistemón*, supongo un hombre dotado de espíritu mediocre, cuyo juicio no ha sido corrompido por ninguna falsa opinión, que conserva su razón como la recibió de la naturaleza, y que en la casa de campo que habita es visitado por dos hombres, ávidos de conocimientos, de espíritu amplio, ignorante uno de ellos de lo que enseñan los libros, y muy enterado el otro de todo lo que puede aprenderse en las escuelas. En su conversación alegrarán los argumentos que les proporcionen las circunstancias de lugar y los objetos que les rodean, los cuales serán tomados como ejemplo, para dar mayor claridad á sus concepciones. Ellos establecerán con sus discursos el asunto de que tratarán hasta el fin de estos dos libros.

POLIANDRO, EPISTEMÓN, EUDOXIO

POLIANDRO. — Os veo tan satisfecho de haber hallado esas bellas cosas en los libros griegos y latinos, que creo que si yo hubiera estudiado lo que vos, sería tan diferente de lo que soy, como vos de los ánge-

les. No puedo disculpar el error de mis padres que persuadidos de que las letras afeminan el espíritu me enviaron en muy temprana edad á la corte y al ejército. Toda mi vida sentiría ser tan ignorante como soy, si no aprendiera algo en vuestras conversaciones.

EPISTEMÓN. — Vos queréis aprender y el deseo de saber — deseo común á todos los hombres — es un mal incurable, porque la curiosidad aumenta con la ciencia. Como las enfermedades del espíritu no nos afligen más que cuando las conocemos vosotros tenéis sobre nosotros una ventaja, la de no ver lo que os falta tan claramente como nosotros vemos lo que no podemos alcanzar.

EUDOXIO. — ¿ Es posible, Epistemón, que siendo tan sabio estéis persuadido de que en la naturaleza existe un mal tan universal que no tiene remedio? Yo pienso que así como en cada país hay frutos y ríos para mitigar el hambre y la sed, existen las verdades suficientes en todas las materias para satisfacer plenamente la curiosidad de los espíritus sanos. El cuerpo de un hidrópico está tan enfermo como el espíritu agitado de continuo por una curiosidad insaciable.

EPIST. — He oído decir muchas veces que nuestros deseos no pueden extenderse á las cosas que nos parecen imposibles; pero podemos saber tantas cosas, no sólo honestas y agradables sino también muy útiles para indicarnos la conducta que hemos de seguir en la vida, que nunca por muchas que sepamos tendremos legítimas razones para no querer saber más.

EUD. — ¿ Qué diréis de mí, si afirmo que no deseo aprender más y que estoy tan contento de mi poca ciencia como Diógenes lo estuvo con su tonel, aunque tampoco necesito su filosofía? Con efecto, los conocimientos de mis vecinos no limitan los míos, como sus campos limitan por todas partes este pedazo de tierra que poseo, y mi espíritu, dirigiendo á su gusto las verdades que ha encontrado, no quiere descubrir otras, pero goza del mismo reposo que el rey de un país que se separara de todos los demás, imaginando que más allá de sus dominios sólo se encuentran desiertos estériles y montañas inhabitables.

EPIST. — Si otro me dijera lo que vos creería que era

muy orgulloso ó que tenía muy poca curiosidad; pero el retiro que habéis venido á buscar en esta soledad y el poco cuidado que os dais para haceros conocido, apartan de vuestra persona toda sospecha de ostentación. Por otra parte, el tiempo que habéis empleado en viajar, en visitar á los sabios y en examinar los descubrimientos más difíciles hechos en todas las ciencias, demuestra que no os falta la curiosidad; de suerte que os considero como hombre completamente satisfecho, y creo que vuestra ciencia es más perfecta que la de los demás.

EUD. — Os agradezco la buena opinión que de mí habéis formado, más no abusaré de vuestra benevolencia hasta el punto de que creáis lo que he dicho por la fe que concedéis á mis palabras. Nunca debemos emitir proposiciones tan alejadas como la mía de la creencia vulgar, si no las razonamos cumplidamente. Por eso os ruego que me hagáis compañía hasta que pase esta bella estación, á fin de que pueda mostraros claramente lo poco que sé. Me atrevo á aseguraros no sólo que reconoceréis el fundamento de mi satisfacción, sino que vosotros mismos quedaréis contentos de las cosas que habréis aprendido.

EPIST. — No quiero rehusaros un favor que tan ardentemente deseo.

POL. — En cuanto á mí, me será muy agradable oír vuestra conversación, aunque no saque fruto de ella.

EUD. — Creed, Poliandro, por el contrario, que será para vos de la mayor utilidad, porque vuestro espíritu está libre de prejuicios. Más fácil es atraer al buen partido á quien no sigue ninguno que á Epistemón, al cual encontraremos con frecuencia en el partido opuesto. Para que concibáis más distintamente la naturaleza de la doctrina que voy á exponer, permitidme que os haga notar la diferencia que existe entre las ciencias y los simples conocimientos que se adquieren sin el auxilio del razonamiento, como las lenguas, la historia, la geografía, y, en general, todo lo que depende exclusivamente de la experiencia. Concedo que la vida de un hombre no bastaría para adquirir la experiencia de todo lo que existe en el mundo; pero estoy convencido de que sería una locura el desearlo

y que el deber del hombre no consiste en saber el griego ó el latín con preferencia al suizo ó al bretón, ni en conocer la historia del imperio romano-germánico con preferencia á la del Estado más insignificante de Europa. El hombre no debe consagrar su tiempo más que á cosas útiles y honestas y no retener en la memoria más que aquello que necesite. En cuanto á las ciencias formadas por juicios ciertos, que fundamentamos en algún conocimiento precedentemente adquirido, unas se deducen de cosas vulgares y conocidas por todo el mundo, y otras de experiencias más raras y que exigen mucha habilidad. Confieso que es imposible tratar en particular de todas las últimas; tendríamos que examinar las hierbas y las piedras que vienen de las Indias; tendríamos que haber visto el *phenix*, y no ignorar ninguna de las maravillas que contiene la naturaleza. Pero creeré que he cumplido debidamente mis promesas, sí, explicándoos las verdades que pueden ser deducidas de objetos vulgares y conocidos por todos, os hago capaces de hallar las demás, si juzgáis que el buscarlas vale la pena que para ello os toméis.

POL. — Creo que eso es todo lo que podemos desear. Yo quedaré satisfecho por poco que me enseñéis de esas cuestiones tan importantes como las relativas á la Divinidad, al alma racional, á las virtudes, á su recompensa, etc.; cuestiones que comparo á esas familias antiguas, reconocidas por todos como muy ilustres, y cuyos títulos de nobleza se esconden en las ruinas del pasado. No dudo de que los primeros que indujeron al género humano á creer esas cosas, emplearan razones poderosas para probarlas, pero esas razones han sido después repetidas con tan poca frecuencia, que ya ninguno las sabe; y, sin embargo, las verdades que establecen son tan importantes que la prudencia nos obliga á creer en ellas con una fe ciega, á riesgo de equivocarnos, mejor que á esperar nociones más exactas en la vida futura.

EPIST. — Yo soy un poco más curioso y desearía que me explicarais además algunas dificultades particulares que encuentro en cada ciencia, y principalmente las relativas á los secretos de las artes, á los espectros y á los efectos maravillosos atribuidos á la

magia; porque creo que conviene saber estas cosas, no para servirnos de ellas, sino para que nada desconocido sorprenda nuestro juicio.

EUD. — Trataré de que los dos quedéis completamente satisfechos, y para adoptar un orden que podamos conservar hasta el fin, deseo, Poliandro, que nos ocupemos de todas las cosas que el mundo encierra considerándolas en sí; pero que Epistemón interrumpa lo menos que pueda, porque sus objeciones nos forzarían á separarnos de nuestro objeto. En seguida consideraremos de nuevo todas estas cosas, pero desde otro punto de vista, es decir, en tanto se refieren á nosotros y pueden ser llamadas verdaderas ó falsas, buenas ó malas. Entonces tendrá ocasión Epistemón de exponer las dificultades que los discursos anteriores no hayan explicado suficientemente.

POL. — Decidnos, pues, ¿qué orden observaréis en la explicación de cada cosa?

EUD. — Comenzaremos por el alma racional porque es el asiento de todos nuestros conocimientos; y después de considerar su naturaleza y efectos, llegaremos á su autor, y conocido éste y luego de saber como ha creado las cosas que en el mundo existen, observaremos lo que más cierto nos parezca de lo relativo á las criaturas, y examinaremos cómo nuestros sentidos perciben los objetos y cómo nuestros pensamientos son verdaderos ó falsos; en seguida, colocaré ante vuestros ojos los trabajos materiales del hombre y después de admiraros á la vista de las máquinas más poderosas, de los automatismos más raros, y de los movimientos y artificios más sutiles que ha inventado el arte, os revelaré los secretos de tanta maravilla y veréis cuán simples son y desaparecerá vuestra admiración por las obras de nuestras manos. Luego llegaremos á las obras de la naturaleza y después de mostraros la causa de todos sus cambios, la diversidad de sus propiedades, y la razón por la cual el alma de las plantas y de los animales difiere de la nuestra, os haré considerar la arquitectura de las cosas que caen bajo la acción de los sentidos. Y después de observar lo relativo al cielo y de ver lo que acerca de este conocimiento podemos concluir como cierto, pasaré á las más sanas conjeturas

sobre las cosas que el hombre es incapaz de determinar, para explicaros la relación de las cosas sensibles con las cosas intelectuales, y la de unas y otras con el creador, y para exponeros la inmortalidad de las criaturas y cuál será su estado después de la consumación de los siglos. Abordaremos entonces la segunda parte de nuestra plática. En ella trataremos especialmente de todas las ciencias, elegiremos lo más sólido de lo que contenga cada una de éstas, y nos propondremos un método para ir mucho más lejos y encontrar, con un espíritu vulgar y por el propio esfuerzo, lo que puedan descubrir hasta los ingenios más sutiles. Preparada ya vuestra inteligencia para juzgar perfectamente de la verdad, será necesario que os acostumbréis á dirigir vuestra voluntad, distinguiendo lo bueno de lo malo y observando la verdadera diferencia que existe entre las virtudes y los vicios. Hecho esto, espero que vuestra sed de saber no será tan violenta, y las cosas que os he dicho os parecerán tan bien probadas que de seguro pensaréis que un hombre de espíritu sano — aunque hubiera pasado su vida en un desierto, sin otra enseñanza que la de la luz natural de su razón — examinando cuidadosamente las mismas razones, no abrazaría otra opinión que la nuestra.

EPÍST. — Todo eso se explica muy claramente si comparamos la imaginación de los niños á una tabla rasa sobre la cual deban pintarse nuestras ideas que son como imágenes fieles de cada objeto. Los sentidos, las inclinaciones del espíritu, los preceptores y la inteligencia son los pintores que pueden realizar esa obra; pero de todos ellos los menos aptos para la realización son los que la comienzan: el instinto ciego, los sentidos imperfectos, nutrices ineptas. Por fin viene el más apto de todos, la inteligencia, y, sin embargo, necesita un aprendizaje de varios años, siguiendo largo tiempo el ejemplo de los maestros, antes de atreverse á corregir ninguno de sus errores. He aquí, en mi sentir, una de las principales causas de que tan difícil nos sea llegar á la ciencia. Nuestros sentidos no perciben más que las cosas groseras y comunes; nuestras inclinaciones naturales están corrompidas por completo, y en cuanto á los maestros, no pueden forzarnos á que les preste-

mos nuestra fe y confesemos sus razones, antes de ser examinadas por nuestra inteligencia, á la cual pertenece esta labor. Pero la inteligencia es como un pintor hábil que, llamado para terminar un cuadro esbozado por los discípulos, no puede — aunque emplee todas las reglas de su arte para corregirlo y añadir lo que falta, — no puede impedir que queden en él grandes defectos, porque desde el principio, el diseño fué mal hecho, las figuras mal colocadas y mal observadas las proporciones.

EUD. — Vuestra comparación nos hace ver claramente el primer obstáculo que nos sale al paso, pero no nos enseñáis el medio que hemos de emplear para evitarlo. Según mi modo de pensar, helo aquí : así como el pintor hubiera hecho mejor comenzando nuevamente el cuadro, después de borrar todos los trazos del anterior, y no perdiendo el tiempo en corregirlos, los hombres, cuando han llegado á la edad en que la inteligencia adquiere toda su solidez, debían borrar de su imaginación las ideas imperfectas que en ella han sido grabadas, y formarlas nuevas dirigiendo á este objeto la sagacidad de su inteligencia. Porque si este medio no les conducía á la perfección, al menos no achararían la culpa á la debilidad de los sentidos ó á los errores de la naturaleza.

EPÍST. — Ese medio sería, sin duda, el mejor si pudiera ser empleado fácilmente, pero no ignoráis que las primeras opiniones recibidas en nuestra imaginación quedan en ella impresas con tanta fuerza, que nuestra voluntad — á menos que se valga del auxilio de muy sólidas razones — no es suficiente á borrarlas.

EUD. — Algunas de esas razones deseo enseñaros, y si queréis recoger el fruto de esta conferencia, es necesario que prestéis la mayor atención á mis palabras y me dejéis conversar un poco con Poliandro, á fin de disipar los conocimientos que hasta hoy ha adquirido. Como no le satisfacen son malos; los comparo á un edificio mal construido, cuyos fundamentos no son sólidos. El mejor remedio es demolerlo por completo para elevar uno nuevo; porque no quiero ser como uno de esos obreros sin talento que restauran obras viejas á causa de su incapacidad para hacerlas nuevas. En

tanto derribamos este edificio, podemos echar los cimientos necesarios á nuestro proyecto y preparar la materia más sólida y conveniente para afirmarlos, con tal examinéis conmigo cuáles son, de todas las verdades que los hombres pueden saber, las más ciertas y las más fáciles de conocer

POL. — ¿Hay alguien que dude de que las cosas sensibles (entendiendo por cosas sensibles las que se ven y se tocan) son mucho más ciertas que las demás? En cuanto á mí, mucho me admiraría de que mostraraís con tanta claridad alguna de las cosas relativas á Dios ó al alma.

EUD. — Espero hacerlo así. Me parece extraño que los hombres sean tan crédulos que edifiquen su ciencia sobre la seguridad de los sentidos, puesto que nadie ignora que á veces nos engañan, y que tenemos poderosas razones para dudar de lo que en alguna ocasión nos ha inducido á error.

POL. — Bien sé que á veces nos engañan los sentidos si no se hallan en buen estado, por ejemplo : cuando á un enfermo todos los alimentos le parecen amargos; cuando las estrellas no nos parecen tan grandes como son en realidad, y, en general, cuando los sentidos no obran libremente según la constitución de su naturaleza. Pero todos estos errores son fáciles de reconocer y no impiden que ahora esté yo persuadido de que os veo, de que me paseo por el jardín, de que brilla el sol, en una palabra, de que es verdadero todo lo que ordinariamente se presenta á mis sentidos.

EUD. — Si os digo que los sentidos nos engañan en ciertos casos en que lo notáis, no os digo lo bastante para haceros temer que en otros casos os engañen sin vos saberlo. Quiero ir más lejos. ¿Habéis visto en alguna ocasión un hombre melancólico de esos que creen ser vasos llenos de agua ó tener una parte de su cuerpo de un tamaño enorme? Ellos jurarían que lo ven así y lo tocan así. Vos estáis sujeto al sueño como todos los hombres y durmiendo podéis pensar que me veis, que os paseáis por este jardín, que el sol brilla, en una palabra, que suceden las mismas cosas de que ahora tenéis una clara percepción. ¿No habéis oído en las viejas comedias la fórmula de admiración : ¿Estoy

durmiendo? ¿Cómo podéis estar seguro de que vuestra vida no es un sueño perpetuo y que todo lo que creéis conocer por los sentidos no es tan falso ahora como lo es durante el sueño, sobre todo sabiendo que habéis sido creado por un ser superior, todopoderoso, al cual no hubiera sido difícil crearos tal como acabo de decir y no como creéis ser?

POL. — He ahí razones que bastan para derribar toda la ciencia de Epistemón, si pudiera detener en ellas su atención. En cuanto á mí, temería volverme un poco loco, si, no habiéndome dedicado nunca al estudio y no estando acostumbrado á desviar mi espíritu de las cosas sensibles, me aplicara á meditaciones que no están á mi alcance.

EPIST. — Pienso también que es peligroso avanzar demasiado lejos por esa vía. Las dudas universales de esta clase nos conducen derechamente á la ignorancia de Sócrates ó á la incertidumbre de Pirrón — incertidumbre que es como un pozo, en el cual el pie nunca encuentra terreno firme.

EUD. — Confieso que es muy peligroso confiarse sin guía por un camino tan dificultoso. Muchos se han perdido en él; pero mientras me sigáis no abriguéis el temor de avanzar demasiado; temores de esta naturaleza han impedido á muchos eruditos adquirir conocimientos bastante sólidos y bastante ciertos para merecer el nombre de ciencias. Imaginando que no podían apoyar su fe sobre nada más firme y seguro que las cosas sensibles, edificaron sobre arena, en lugar de profundizar sin miedo hasta hallar suelo firme. No debemos detenernos aquí; además, aun cuando no quisiérais examinar más las razones que os he expuesto, ellas han producido su efecto principal y han cumplido mi objeto porque han herido vuestra imaginación y os han puesto sobre aviso. La prueba de que vuestra ciencia no es infalible hasta el punto de que no abriguéis ningún temor de ver destruídos sus fundamentos es que dudáis de todo y á veces llegáis á dudar hasta de vuestra ciencia. Esa es la prueba también de que he conseguido mi objeto que no era otro que el de derribar vuestra ciencia mostrándoos su inseguridad. Pero, para que no os desaniméis y no os neguéis á seguirme en mis

razonamientos, os declaro que esas dudas que al pronto os han sobrecogido de temor, son semejantes á los fantasmas y vanas imágenes que se os aparecen durante la noche, con la ayuda de una luz débil é incierta; vuestro temor os acompañará si huís de él, pero si os aproximáis y lo tocáis no encontraréis más que aire y una sombra, y vuestro espíritu ya no se turbará en semejantes circunstancias.

POL. — También deseo yo, vencido por vuestras razones, representarme esas dificultades en su mayor fuerza posible y aplicarme á dudar de que yo no haya sido demente alguna vez en mi vida, de que todas estas ideas que me parece han entrado en mi espíritu por la puerta de los sentidos no se han formado como se forman otras ideas semejantes mientras dormimos. Traté de persuadirme de que mis ojos están cerrados, tapados mis oídos y de que ninguno de mis sentidos funciona. De esta suerte dudaré no sólo de vuestra existencia y de que exista una tierra y un sol, sino de que yo tenga ojos, oídos, cuerpo y hasta de que hablo y me dirijis la palabra. Dudaré de todo.

EUD. — Estáis bien preparado. Á ese punto precisamente os quería llevar. Ha llegado el momento de que prestéis la más firme atención á las consecuencias que quiero sacar de esas premisas. Cierto es que podéis dudar con razón, de todas las cosas cuyo conocimiento no os viene más que por el intermedio de los sentidos; pero ¿podéis dudar de vuestra duda, estáis cierto acerca de si dudáis ó no?

POL. — Confieso que me llenáis de asombro; la poca perspicacia que debo á mi débil buen sentido me hace ver que tengo motivos para extrañarme extraordinariamente al verme forzado á reconocer que nada hago con alguna certeza, que dudo de todo y que de ninguna cosa estoy seguro. ¿Qué queréis concluir de todo eso? No comprendo para qué puede serviros mi extrañeza, ni cómo semejante duda es el principio que hacía falta deducir de tan lejanas y sorprendentes reflexiones. Sin embargo, el objeto de nuestra conversación era el de librarnos de nuestras dudas, y hacernos conocer verdades que el mismo Epistemón podría desconocer á pesar de su sabiduría.

EUD. — Prestadme atención y os llevaré más lejos de lo que pensáis. De esta duda universal, como de un punto fijo é inmóvil, quiero que derivéis el conocimiento de Dios, el de vos mismo y el de todas las cosas que existen en la naturaleza.

POL. — Muchas promesas son esas, pero si se cumplen bien, merecen que hagamos lo que pedís. Sed fiel á vuestras promesas y nosotros lo seremos á las nuestras.

EUD. — No podéis negar que dudáis; al contrario, es cierto que dudáis, tan cierto que de ello no podéis dudar; es verdad también que vos que dudáis, existís; y esto es tan verdadero que de ello no podéis dudar.

POL. — Soy de vuestra opinión; si yo no existiera no podría dudar.

EUD. — Vos existís, y sabéis que existís, y lo sabéis porque dudáis.

POL. — Todo eso es verdad.

EUD. — Avancemos poco á poco y veréis cómo por esa ruta vamos más lejos de lo que os figuráis. Repitamos el argumento : Vos existís, y sabéis que existís, y lo sabéis porque sabéis que dudáis, pero vos que dudáis de todo y no podéis dudar de vos mismo ¿quién sois?

POL. — La respuesta no es difícil, y adivino por qué me habéis elegido por interlocutor con preferencia á Epistemón; no queréis hacer ninguna pregunta á la cual no sea muy fácil contestar. Diré que soy un hombre.

EUD. — No habéis reflexionado en lo que os pregunto. Esa respuesta, por muy simple que os parezca, os llevaría á cuestiones muy difíciles y complicadas, á poco que yo quisiera estrecharos. Si preguntó al mismo Epistemón, qué es un hombre, y me contesta, como en las escuelas, que es un animal racional; y si para explicar estos dos términos, tan oscuros como el primero, nos conduce á los grados llamados metafísicos, iríamos á parar á un laberinto del cual nunca podríamos salir. Porque de la primera pregunta, nacen otras dos : ¿ qué es animal? ¿ qué es racional? Y si para explicar lo que es animal, nos responde que es un ser sensitivo y viviente, y que un ser viviente, es un cuerpo animado,

y que un cuerpo es una substancia corporal, aumentan y se multiplican las cuestiones como las ramas de un árbol genealógico, y es evidente que todas esas cuestiones terminarían con una catología que nada esclarecería y nos dejaría sumidos en nuestra ignorancia primera.

EPIST. — Con pena os veo despreciar el árbol de Porfirio, que siempre causó la admiración de los sabios. También me disgusta, que enseñéis á Poliandro lo que es él mismo, por un método distinto del que se emplea, en las escuelas, hace tanto tiempo. Hasta hoy el mejor método hallado para enseñarnos lo que somos, consiste en presentar á nuestra vista de un modo sucesivo los grados que constituyen el conjunto de nuestro ser, á fin de que recorriendo todos esos grados lleguemos á aprender lo que tenemos de común con los demás seres y aquello en que diferimos. Es el punto más alto que ha alcanzado la inteligencia humana.

EUP. — Nunca he consurado ni censuraré el método de enseñanza que se emplea en las escuelas. Á él debo lo poco que sé y con su auxilio he conocido la inseguridad de lo que en aquellas me enseñaron. Aunque mis maestros no me hicieron aprender nada cierto, les doy las gracias porque de ellos aprendí á reconocerlo, y les quedo más obligado, habiéndome enseñado cosas dudosas, que si me las hubieran enseñado conformes á la razón; porque en este caso tal vez me contentara con lo poco conocido disminuyendo con ello mi amor ardiente á la investigación de la verdad. Así, pues, la advertencia que acabo de hacer á Poliandro, no tiene por objeto mostrarle la incertidumbre y obscuridad en que nos sume su respuesta, sino hacer que preste más atención á mis preguntas. Volvamos á lo que decíamos para no apartarnos más de nuestro propósito. Os pregunto de nuevo ¿quién sois, vos que podéis dudar de todo y no podéis dudar de vos mismo?

POL. — Creía que quedaríais satisfecho diciéndoos que era un hombre; pero ahora reconozco que mi respuesta no estaba bien calculada, puesto que no os satisface, y, hablando con franqueza, á mí tampoco, por que considero las dificultades é incertidumbres en que nos arrojaría, si quisiéramos aclararla y compren-

derla. Diga lo que diga Epistemón, encuentro mucha obscuridad en esos grados metafísicos. Si se dice, por ejemplo, que un cuerpo es una substancia corporal, sin definir al mismo tiempo lo que es substancia corporal, estas dos palabras *substancia corporal* no nos harán más sabios que la palabra *cuerpo*. Si alguno pretende que un ser viviente es un cuerpo animado, sin haber explicado antes el sentido de las palabras *cuerpo* y *animado*, pronunciará palabras y palabras colocadas en cierto orden, pero no dirá nada, no significará algo que pueda ser concebido y formar en nuestro espíritu una idea clara y distinta. Hay más : cuando os he contestado que era un hombre, no pensaba en esos seres escolásticos, desconocidos para mí, y, que, en mi opinión, no existen más que en la imaginación de los que los han inventado; mi intento, al daros mi contestación, era hablar de cosas que vemos, que tocamos, que sentimos, que experimentamos en nosotras mismos, de cosas que el más simple de los hombres sabe también como el filósofo más grande del universo; quería decir que soy un cierto todo, compuesto de dos brazos, de dos piernas, de una cabeza y de las demás partes que constituyen lo que se llama cuerpo humano; ese todo se alimenta, se mueve, siente y piensa.

EUD. — De vuestra respuesta concluyo que no habéis entendido bien mi pregunta, porque contestáis á más cosas de las que os pregunto. Incluisteis en el número de las cosas de que dudáis los brazos, las piernas, la cabeza y las otras partes que componen la máquina del cuerpo humano; y no he querido interrogaros sobre esas cosas cuya existencia no os parece cierta. Decidme, pues, lo que sois en tanto dudáis. He aquí el único punto — puesto que ningún otro conocéis con certeza — sobre el cual quiero interrogaros.

POL. — Ahora veo que me he equivocado en la respuesta y que he ido más lejos de lo necesario, porque no había comprendido bien vuestro pensamiento. Esto me dará más circunspección en lo futuro y ahora me hace admirar la exactitud de vuestro método, por cuyo medio nos conducís paso á paso, por vías simples y fáciles, al conocimiento de las cosas que queréis enseñarnos. Y no obstante, considero feliz el error que he

cometido porque á él debo el saber que lo que soy en tanto dudo no es el cuerpo. No sé si tengo cuerpo, puesto que me habéis hecho ver que de ello puedo dudar; es más, no puedo negar en absoluto que yo tenga cuerpo. Esto no impide que yo esté cierto de mi existencia; antes bien, mis dudas confirman mi certeza de que existo y de que no soy un cuerpo. Si no fuera así, al dudar de mi cuerpo dudaría de mí mismo, lo cual es imposible, porque estoy plenamente convencido de que existo, y convencido de tal suerte que no ábrigo la más pequeña duda.

EUD. — Habláis maravillosamente y tratáis tan bien la cuestión que nos ocupa, que yo no podría hacerlo mejor. Veo que después de haberos conducido por el buen camino, podéis confiar por entero en vos mismo. Para descubrir las más difíciles verdades basta con lo que vulgarmente se denomina sentido común, con tal ser bien dirigido. Por eso me limitaré, en lo sucesivo, á mostraros el camino que debéis seguir. Continuad deduciendo las consecuencias de ese primer principio.

POL. — Este principio me parece fecundísimo y tantas son las cosas que al mismo tiempo se me ofrecen que me costará mucho trabajo ponerlas en orden. La sola advertencia que me habéis hecho para que examine lo que soy en tanto dudo, y para que no confunda lo que soy con lo que en otro tiempo creía ser, ha arrojado tanta luz en mi espíritu que las tinieblas han desaparecido por completo, y lo que mejor veo es lo que no se ve; nunca he creído tan firmemente poseer un cuerpo, como creo ahora poseer lo que no se toca.

ERD. — Mucho me place ese entusiasmo, aunque tal vez desagrade á Epistemón, el cual en tanto vos no le arranquéis á su error y le pongáis ante la vista una parte de las verdades que decís están contenidas en ese primer principio, tendrá pretexto para creer, ó al menos para temer, que esa luz que se os ofrece es semejante á uno de esos fuegos errantes, que se apagan y desvanecen en cuanto nos aproximamos; y que tan pronto como se disipe el calor de vuestro entusiasmo, caeréis en las primeras tinieblas, es decir, en vuestra antigua ignorancia. Seriais un prodigio si, no habiendo estudiado ni leído las obras de los filósofos, llegarais á ser

un sabio con tan poco trabajo. Nada tendrá de extraño que ese sea el juicio de Epistemón respecto á vos.

EPIST. — Lo confieso, ha sido el de Poliandro un movimiento de entusiasmo. Como nunca se ha aplicado á conocer las grandes verdades que enseña la filosofía, al examinar la más pequeña de éstas ha sido sobrecogido por una alegría tal que no ha podido impedir se exteriorizara en jubilosos transportes. Pero los que, como vos, han caminado largo tiempo por esa ruta y han gastado mucho aceite y esfuerzo para leer y releer los escritos de los antiguos, para desembrollar y explicar las dificultades de los filósofos, no se extrañan ante esos movimientos de entusiasmo y hacen de ellos tanto caso como de la vana esperanza de que se enamoran algunos de los que no han hecho más que pisar los umbrales de las matemáticas. Tan pronto como á éstos les dais una línea y un círculo y les enseñáis lo que es una línea recta y una curva, se persuaden de que van á encontrar la cuadratura del círculo y la duplicación del cubo. Pero nosotros hemos refutado tantas veces la doctrina de los pirrónicos, y ellos han sacado tan poco fruto de su método de filosofar, que han errado toda su vida y no han podido librarse de las dudas que han introducido en la filosofía; de suerte, que parece no han tenido más propósito que el de enseñarnos á dudar. No quiero desagradar á Poliandro, pero dudo de que pueda sacar algo mejor.

ENO. — Bien veo que dirigiendo la palabra á Polian-dra tratáis de ahorrarme trabajo; sin embargo, es evidente que yo soy el objeto de vuestras burlas. Pero que Poliandro continúe hablando y ya veremos al final quién de nosotros ríe el último.

POL. — Con gusto lo haré. De temer es que os enar-dezcáis demasiado, defendiendo vuestras respectivas opiniones, y lleguéis tan alto, que yo no logre comprenderos; así, me vería privado del fruto que me prometo recoger de mis primeros estudios. Ruego, pues, á Epistemón que me deje alimentar esta esperanza, mientras Eudoxio me sirve de guía por el camino en que él mismo me ha colocado.

ENO. — Habéis reconocido perfectamente, no considerándoos sino en cuanto dudáis, que no sois un cuerpo,

y, por consiguiente, no tenéis ninguna de las partes que constituyen la máquina del cuerpo humano, ni brazos, ni piernas, ni cabeza, ni ojos, ni orejas, ni los órganos que sirven á las funciones de los sentidos; pero ved si del mismo modo podéis rechazar las demás cosas que considerábais comprendidas en la definición del hombre. Ya lo habéis dicho antes : ha sido un feliz error el cometido por vos al traspasar en vuestra respuesta los límites de mi pregunta; con su auxilio podéis llegar al conocimiento de lo que sois, separando de vos y rechazando todo lo que veáis claramente que no os pertenece, y no admitiendo sino aquello que de una manera tan necesaria os pertenezca, que de ello estéis tan seguro como de vuestra existencia y de vuestra duda.

POI. — Os agradezco que me guiéis, porque ya no sabía donde estaba. Hace un momento he dicho que yo era un todo formado por dos brazos, dos piernas, una cabeza y por las demás partes que componen lo que se llama cuerpo humano; un todo que se movía, se alimentaba, sentía y pensaba. Ha sido preciso, para considerarme simplemente como lo que sé ahora que soy, rechazar esas partes ó miembros que constituyen la máquina del cuerpo humano, es decir, considerarme sin brazos, sin piernas, sin cabeza, en una palabra, sin cuerpo. Luego es cierto que lo que en mi duda no es lo que llamamos cuerpo; es cierto también que en tanto dudo no me alimento, no me muevo, porque ni lo uno ni lo otro se puede hacer sin el cuerpo. Ni siquiera me es dado afirmar que mientras dudo puedo sentir; porque del mismo modo que son necesarios los pies para andar, lo son los ojos para ver y las orejas para oír, y como carezco de esos órganos puesto que no tengo cuerpo, no puedo decir que siento. En otro tiempo, creí sentir en sueños muchas cosas que realmente no sentía; y como he resuelto no admitir ahora más que aquello que pueda afirmarse con tal certeza que no deje lugar á duda, no puedo decir que siento, ó lo que es lo mismo, que soy una cosa que ve por medio de ojos y oye por medio de orejas, porque sería posible que yo creyese sentir de esta manera aunque ninguno de esos actos tuviera lugar.

EUD. — No puedo menos de interrumpiros, no para

desviaros de vuestro camino sino para infundiros ánimos y haceros ver lo que alcanza el recto sentido bien dirigido. En lo que acabáis de decir ¿hay algo inexacto, hay algo que no esté legítimamente asentado y rigurosamente deducido? Y á pesar de ello esas consecuencias se sacan sin lógica, sin fórmula de argumentación, con la única ayuda de las luces naturales de la razón y del buen sentido, menos expuesto á equivocarse cuando obra solo y por sí, que cuando trata de observar mil reglas diversas que el arte y la pereza de los hombres han inventado, más bien para corromperle que para perfeccionarle. El mismo Epistemón opina como nosotros, por que da á entender que aprueba lo que habéis dicho. Continudad, Poliandro, y mostradle hasta donde llega el buen sentido, y las consecuencias deducidas de nuestros principios.

POL. — De todos los atributos que en mí suponía, sólo queda uno por examinar : el pensamiento, y es de tal naturaleza que no puedo separarlo de mí. Si es cierto que dudo, es cierto que pienso. ¿Qué es dudar sino pensar de cierta manera? Si yo no pensara, no podría saber que dudo ni que existo. Y, sin embargo, existo; y sé que existo; y lo sé, porque dudo, porque pienso; y si dejara de pensar, en el mismo momento dejaría de existir. De donde infiero que lo único que no puedo separar de mí, que sé con certeza que es mío, y que afirmo ahora sin temor á equivocarme, es que yo soy un ser que piensa.

EUD. — ¿Qué os parece, Epistemón, de lo que acaba de decir Poliandro? ¿Encontráis en su razonamiento algo falto de base ó inconsecuente? ¿Creíais vos que un hombre iletrado, falto de estudios, razonara con tanta exactitud? Si juzgáis rectamente de todo esto, debéis ver que sabiendo servirnos de nuestra duda podemos deducir conocimientos muy ciertos, más ciertos y más útiles que los fundados en ese gran principio, del que hacemos la base de todos nuestros conocimientos y el centro á que se dirigen : *Es imposible que al mismo tiempo una cosa sea y no sea*. Ahora, para no cortar el hilo del discurso de Poliandro, no nos apartemos de nuestro objeto; y si lo estimáis conveniente, pensad si tenéis algo que decir ú objetar.

EPIST. — Puesto que me incitáis á que hable, voy á demostraros lo que puede la lógica irritada y á oponeros tales dificultades y obstáculos, que no sólo Poliandro, sino vos mismo, venceréis muy difícilmente. No vayamos más lejos, detengámonos aquí y examinemos severamente los principios que os sirven de base y las consecuencias que de ellos deducís. Con la ayuda de la verdadera lógica y valiéndome de vuestros mismos principios, os demostraré que lo dicho por Poliandro no descansa en un legítimo fundamento. Vos decís que existís, y sabéis que existís, y lo sabéis porque dudáis y porque pensáis. Y ¿sabéis también en qué consiste el dudar y el pensar? Si no queréis admitir nada sin un conocimiento perfecto y una certeza absoluta ¿cómo podéis estar seguro de que existís apoyándoos en fundamentos tan oscuros y tan inciertos? Lo primero que debíais haber enseñado á Poliandro es lo que ha de entenderse por duda, pensamiento y existencia, á fin de que su razonamiento tuviera la fuerza de una demostración, y él mismo pudiera comprenderse antes de querer que comprendan los demás.

POL. — Eso está fuera del alcance de mi inteligencia; me confieso vencido. Á vos y á Epistemón toca deshacer este nudo.

EUD. — Muy gustoso me encargo de ello por esta vez, pero con la condición de que vos seréis el juez de nuestra controversia, porque no me atrevo á asegurar que Epistemón se rinda á mis razones. El que como él, está lleno de opiniones y prejuicios, muy difícilmente confía en la luz de su razón; el que cede á la autoridad del maestro y desoye la voz de la razón, prefiere interrogar á los demás y enterarse de lo que han escrito los antiguos filósofos, en lugar de consultar consigo mismo el juicio que debe formar sobre las cosas. Desde su infancia ha creído que lo racional era lo que sus maestros enseñaban; en el lugar de la razón colocaba la autoridad del perceptor; ahora mismo, nos presenta su autoridad como razón y quiere que los demás paguen el tributo que ella pagó. Pero me tendré por muy contento y creeré que he refutado cumplidamente las objeciones que Epistemón os ha opuesto, si dais vuestro asentimiento á lo que he dicho, y si vuestra razón se ha convencido de ello.

Epist. — No soy tan terco ni tan difícil de persuadir como pensáis. Aunque tengo razones para desconfiar de Poliandro, pongo en sus manos la solución de nuestro debate; prometo declararme vencido si la sentencia me fuere adversa. Pero que cuide de no dejarse engañar, ni caer en el error, que reprocha en los demás, tomando por razón convincente la estimación que os profesa.

Eun. — Si se apoyara sobre un fundamento tan deleznable iría contra su propio interés; por anticipado os respondo de que no lo hará. Basta de digresiones y volvamos á nuestro asunto. Convengo con vos, Epistémón, en que es preciso saber en qué consisten la duda, el pensamiento y la existencia, para quedar completamente convencido del razonamiento: *Dudo, luego existo*; ó mejor dicho: *Pienso, luego existo*. Pero no imaginéis que para adquirir esas nociones previas hace falta violentar y torturar el espíritu con el fin de encontrar el género próximo y la diferencia esencial, y con estos elementos componer una verdadera definición. Dejemos esta labor al que quiera officiar de maestro ó discutir en las escuelas. El que desea examinar las cosas por sí y juzgarlas según las concibe, no tiene un espíritu tan limitado, que no vea con la suficiente claridad lo que son la duda, el pensamiento y la existencia. Además, por afán de definir obscurecemos las cosas, que, cuando son muy simples y muy claras, las comprendemos mucho mejor por lo que ellas son en sí, sin necesidad alguna de definición. En el número de los mayores errores que en las ciencias se pueden cometer, debemos contar el de los que quieren definir en lugar de concebir, no distinguiendo las cosas claras de las oscuras, ni discerniendo lo que para ser conocido exige y merece ser definido de lo que por sí puede ser perfectamente concebido. Entre las cosas tan claras que las conocemos por ellas mismas sin que sea necesaria la definición, incluimos la duda, el pensamiento y la existencia.

No creo que se encuentre en el mundo una persona tan estúpida que haya necesitado aprender en qué consiste la existencia, antes de poder concluir y afirmar que existe. Lo mismo ocurre con la duda y el pen-

samiento. Digo más; es imposible aprender estas cosas sino es por uno mismo. Nos persuadimos de ellas por la propia experiencia y por esa conciencia ó testimonio interior que todo hombre encuentra en sí, cuando examina alguna observación. Para que un ciego comprenda cómo es el color blanco, inútil será que se lo definamos; en cambio si queremos conocer ese color basta abrir los ojos y verlo. Del mismo modo, para saber lo que son la duda y el pensamiento, basta dudar y pensar; así aprendemos, en este respecto, todo lo que podemos saber, mejor que valiéndonos de las definiciones más exactas. Es indudable, pues, que Poliandro ha debido conocer esas cosas, antes de deducir de ellas las conclusiones que ha formulado. Puesto que por juez le hemos elegido, preguntémosle si ha ignorado nunca lo que son la duda, la existencia y el pensamiento.

Por. — Confieso que con el mayor placer os he oído discutir sobre una cosa que sólo de mí habéis podido aprender. Veo con alegría que por lo menos en esta ocasión, es preciso que me reconozcáis como maestro vuestro y os reconozcáis como discípulos míos. Para sacaros del apuro y resolver en el acto vuestra dificultad, os aseguro que jamás he dudado de la duda, aunque no haya comenzado á conocerla, ó mejor dicho, á reflexionar sobre ella, sino cuando Epistemón ha querido ponerla en duda:

Apenas me habéis mostrado la poca seguridad que tenemos de la existencia de las cosas que conocemos por los sentidos, he comenzado á dudar de ellas, y esto ha bastado para hacerme conocer al mismo tiempo mi duda y la certeza de esta duda; puedo afirmar que he comenzado á conocerme cuando he empezado á dudar; pero mi duda y mi certeza no se referían á los mismos objetos. Mi duda se aplicaba á las cosas que existen fuera de mí, y mi certeza á mi duda y á mí mismo. Eudoxio tenía, pues, razón al decir que hay cosas que no podemos aprender sino viéndolas. Para aprender lo que son la duda y el pensamiento, no hay más que dudar y pensar. Lo mismo sucede con la existencia. Es preciso saber solamente lo que se entiende por esta palabra; en seguida, se conoce la cosa tanto

como puede el hombre conocerla. Para eso no hacen falta definiciones; obscurecen la cosa en lugar de esclarecerla.

EPÍST. — Ya que Poliandro está contento, me rindo y no llevo adelante la discusión; sin embargo no veo que haya avanzado mucho en dos horas de razonamientos. Todo lo que ha aprendido con la ayuda de ese bello método que tanto alabáis, es que duda, que piensa y que es una cosa pensante. ¡Valiente descubrimiento! Muchas palabras y muy poca substancia. Hubiérais dicho todas esas cosas en cuatro palabras y nos ponemos de acuerdo en seguida. En cuanto á mí, si tanto tiempo me costara aprender una cosa de tan poco interés, con gran pena me resignaría. Nuestros maestros nos dicen bastante más y son infinitamente más atrevidos que vos; nada les detiene; estudian todo; dictaminan sobre todo; nada les sorprende, ni les desvía de su objeto; cuando encuentran una dificultad que no pueden salvar, un equívoco ó un *distingo* les saca de apuros. Estad seguro de que su método será siempre preferido al vuestro porque dudáis de todo y tenéis tal temor de tropezar que, dando saltos, no avanzáis nunca.

EUP. — Nunca he abrigado el propósito de prescribir á nadie el camino que debe seguir en la investigación de la verdad. He querido exponer el método de que me sirvo para que lo sigan los demás, si lo consideran bueno, ó lo rechacen, si lo creen malo. Á todos dejo en libertad para admitirlo ó no. Decís que no avanzo; la experiencia de mi método, os haría juzgar de distinto modo. Si continuáis prestándome vuestra atención terminaréis por confesar que debemos ser extraordinariamente circunspectos al establecer los principios, porque si son sólidos podremos llevar muy lejos las consecuencias y las deduciremos con la mayor facilidad. Los errores que en las ciencias observamos nacen de la precipitación con que se admiten en lugar de principios cosas oscuras y de las que no podemos tener una noción clara y distinta. Prueba la verdad de mi aserción, el progreso conseguido en las ciencias cuyos principios son ciertos y por todos conocidos; en cambio, en aquellas otras cuyos principios son inciertos y oscuros, los que quieren ser sinceros se han visto obligados á con-

fesar que, después de gastar mucho tiempo y leer numerosos volúmenes, no saben nada, ni han aprendido cosa de provecho. No os sorprendáis, mi querido Epistemón, de que, al tratar de conducir á Poliandro por una vía más segura que la que me enseñaron, sea severo hasta el punto de no admitir como verdadero sino aquello que me infunda una certeza igual á la que tengo de que existo, de que pienso y de que soy una cosa pensante.

EPIST. — Os parecéis á uno de esos saltarines que siempre caen en el mismo sitio; nunca salís de vuestro principio; si continuáis así no iréis muy lejos ni muy de prisa. ¿Cómo encontraremos verdades tan ciertas como la de nuestra existencia?

EUP. — No es tan difícil como creéis, porque las verdades se siguen unas á otras y están unidas por el mismo lazo. Todo el secreto consiste en comenzar por las primeras y más simples, elevándose poco á poco y gradualmente hasta llegar á las más lejanas y complicadas. ¿Quién dudará de que lo expuesto por mí como principio, es la primera de las cosas que podemos conocer con algún método? No nos es posible dudar de ese principio, á no ser que dudemos de todo lo que encierra el universo. Ya que estamos seguros de haber comenzado bien, procuremos no extraviarnos en lo sucesivo, teniendo mucho cuidado de no admitir como verdadero lo que ofrezca la más pequeña duda. Para esto lo mejor es, á mi juicio, que dejemos hablar á Poliandro. Como no sigue las opiniones de ningún maestro que no sea el sentido común y como su razón está libre de todo prejuicio, es casi imposible que se equivoque y si así os lo notará fácilmente y le costará poco trabajo volver al buen camino.

EPIST. — Escuchémosle y dejemos que exponga las cosas contenidas en vuestro principio.

POL. — Hay tantas cosas contenidas en la idea que presenta un ser pensante, que nos harían falta días enteros para desenvolverlas. Por el momento trataremos de las principales y de las que sirven para hacer más clara la noción de aquel ser y la distinguen de lo que con ella no guarda relación. Entiendo por ser pensante... (*Falta el resto.*)